

EL CHEIKH KUF¹

Autor

JALED ES-SAWI

Traducción del árabe

JOSÉ LUIS LÓPEZ HABIB

El Colegio de México

CARMELINA RAMÍREZ

Centro de Estudios de África y Medio Oriente

La Habana, Cuba

Ni era Cheikh ni tenía una canasta, aunque todos en el barrio lo llamábamos Cheikh Kufa. No lo llamábamos así por burla, enfado o desdén. Cuando hablábamos con él o lo mencionábamos, no sentíamos que en el nombre hubiera algo extraño.

No creo que nadie entre sus amigos supiera por qué le habían puesto este nombre, ni cuál era su verdadero nombre, incluso el policía lo saludaba con mucha naturalidad y jamás se le ocurrió pensar, o preguntar cuál era el nombre que le habían puestos sus padres.

Era perfumista y vendedor al mismo tiempo. En su tienda, pese a su reducido espacio, se encontraba todo lo que los vecinos necesitaban y que no había en otras tiendas. Esta tienda se parecía a un panal donde se congregaba una mezcla abigarrada de las criaturas de Dios.

El hombre sabía leer y escribir, pero nunca mejoró sus conocimientos. Había memorizado el Corán y sabía palabras del turco y de una u otra de las lenguas de la India. El turco lo aprendió de los Agat que vivieron en el barrio. El hindú lo aprendió de los soldados que sirvieron en los días de la gran guerra cerca de su tienda. Andaban alrededor de él, lo escuchaban y le compraban todo lo que les hacía falta. Así fructificó el amor de ellos hacia él, y con el tiempo se fue incrementando. Él les infundió el espíritu de la fascinación y la rebelión.

¹ Kufa en árabe: canasta.

La autoridad militar lo detuvo y lo encerró durante varios días sin interrogatorio ni investigación. Después, uno de los oficiales lo llamó y lo interrogó con la ayuda de un traductor. El Cheikh Kufa se hizo el tonto.

El oficial preguntó: ¿Conoces al Cheikh Chawich?

El Cheikh Kufa respondió: ¿Dónde está su tienda?

El oficial repitió la pregunta: ¿Conoces al Cheikh Chawich?

Contesta sí o no.

Entonces, el Cheikh dijo: Llevo treinta años comerciando productos de perfumería y todo lo referente a este comercio, pero no he oído hablar acerca de este comerciante. ¿Dónde está su tienda? Díganmelo, para recordarlo si lo olvidé.

El oficial se impacientó un poco y volvió a preguntar: ¿Conoces a Farid Bey?

El Cheikh Kufa sorprendido agitó las manos y dijo: Entonces ése era el extraño, ¿y desde cuándo llaman a esos comerciantes? Ya les dije que desde hace treinta años soy perfumista y que en El Cairo no había comerciante pequeño o grande a quien no conociera o que no me conociera. ¿Dónde están las tiendas de éstos? Díganme dónde. Si ellos vendieran más barato que yo, entonces estaría dispuesto a entregarles toda mi mercancía. Continuó así hasta que el investigador se desesperó. Estaba seguro de que el hombre se hacía pasar por tonto y lo dejó libre.

Yo no recuerdo haber visto al Cheikh Kufa vistiendo otra ropa que no fuera una *galabiya*. Todas sus *galabiyas* tenían colores semejantes. Incluso se llegó a pensar que tenía una sola y por eso nadie se explicaba cómo siempre la llevaba limpia. En los pies no se ponía nada que no fueran los chanclos de madera. Su cabeza, tanto en verano como en invierno, la llevaba descubierta.

Tenía un burro pequeño, muy flaco, que empleaba para moler café. En sus ratos libres el Cheikh Kufa se entretenía enseñando al burro a rebuznar. Para nuestro amigo, el Cheikh Kufa, no había nada que lo entretuviera más que el burro, el cual lo obedecía, iba y venía estirando el cuello y echando las orejas hacia atrás. Alzaba la voz con un rebuzno cada vez que el Cheikh lo llamaba o le ordenaba. Sin embargo, nuestro amigo era un músico de oídos sensibles. Era evidente que no le

gustaba cómo rebuznaba su burro y por eso lo golpeaba y le gritaba:

—¡No es así, bruto! Escucha: ji, ja.

Después de emitir un fuerte rebuzno decía:

—Es así como tiene que salir. Ahora, empecemos de nuevo, ¿de acuerdo?

El burro vuelta al rebuzno, el Cheikh vuelta al enfado y a su crítica convencido de que el burro era “desafinado”.

Íbamos a ver al Cheikh y desde lejos oíamos al burro. Pensábamos que era el Cheikh Kufa que lo imitaba o le enseñaba, o quizá era al Cheikh Kufa a quien oíamos y lo confundíamos con el burro. No podíamos distinguir entre el original y la copia. Nuestro amigo era excelente imitando las voces de los animales y de las aves. Un amigo me contó: “Una vez nos habían invitado —al Cheikh Kufa y a mí— a una boda”. Acordamos encontrarnos después de la oración vespertina para salir.

La casa estaba en un barrio que no conocíamos y nos perdimos. Decidimos preguntar a alguien. Nos encontramos a mitad del camino con un hombre que estaba parado debajo de un farol, apoyado contra la columna. Nos acercamos a él y le preguntamos: “Por favor, ¿usted sabe dónde se está celebrando la boda de fulano?” El hombre desafortunadamente estaba borracho. Pensó que éramos intrusos que pediríamos comida en la boda porque estábamos hambrientos. No nos llevó al lugar y comenzó a reírse con nosotros y a gastarnos bromas pesadas. Me preocupé por sus groserías pero el Cheikh Kufa me recomendó paciencia y se quedó tranquilo ante sus insultantes bromas, soportó su escándalo y siguió riendo. El Cheikh lo sorprendió con un ladrido de perro, el pobre se asustó, voló el alcohol de la cabeza, recuperó la conciencia y salió disparado como si tras él fueran mil demonios.

El Cheikh Kufa tenía un hijo de doce años, el único que le quedaba de los más de diez que había traído al mundo, y que la muerte se llevó de uno en uno. Finalmente el destino quiso que este joven alcanzara a sus hermanos y lo llevó por el camino de ellos. Escuchamos su pena y decidimos ir a darle las condolencias. Fuimos en la tarde del día del entierro del joven. Pensábamos que encontraríamos un velatorio o algo parecido para el recibimiento de los dolientes, pero encontramos al Cheikh

Kufa parado en su tienda, con la cabeza descubierta como era su costumbre. En su cara nada indicaba que hubiera perdido a su décimo u oncenno hijo en la mañana de ese día. Nos sorprendimos y nos dijimos: "Por Dios que el hombre es el mejor, si el funeral de su propio hijo no le afecta". Nos acercamos a él, le estrechamos la mano, le dimos el pésame. Nos brindó asiento y nos ofreció café. Luego se sentó cerca de nosotros en un banco sosteniendo en su mano derecha una taza con café y dijo con tono serio: "¿Conocen a los desdichados?"

Nos miró uno por uno. Ninguno entendía a qué se refería con eso de desdichados. Nuestras lenguas enmudecieron. Nos sentimos en una situación incómoda, pero él no esperó nuestras respuestas. Luego rió de manera astuta ocultando su intención —estaba junto a nosotros—, de la taza cayeron gotas de café, estiró el brazo para no mancharse la ropa y dijo: "Salimos con el niño". Al frente iban esos beatucos a quienes no se les puede entender lo que dicen. Por eso los llamamos infelices, desdichados. Cuando se levanta el féretro en el entierro murmuran cosas incomprensibles. Acaso nunca se subieron a un tren; cuando sale de la estación avanza lentamente. Cuando la estación ya queda atrás va aumentando poco a poco su velocidad y se sigue de frente. Lo mismo hacían los desdichados. Al principio comenzaron a caminar lentamente, luego se escuchaba esa voz tranquila que balbuceaba cosas cuando llegamos al camino asfaltado, apresuraron el paso y sus gargantas los iban imitando. Él nos contaba esta historia, imitando al grupo con el canto. Movía sus brazos como si moviera el brazo de la locomotora. No sabíamos qué hacer, acaso reírnos. La imagen del hombre provocaba una sonrisa. Sus movimientos y sus ruidos lo sacaban a uno de la solemnidad y el respeto, sin embargo la gravedad de la situación no nos permitía reírnos y no era él un hombre retraído ni odioso. Ciertamente lo conocíamos y no nos ocultaba que fingía paciencia y fortaleza, ¿o soportábamos sus chistes insensibles?

Este hombre está preparado para el silencio de la tristeza, la cual soporta bromeando o evita intensamente. Al final no encontramos ningún vecino, le deseamos todo lo que uno desea para sí. Nosotros no pertenecíamos a aquel vecindario. Fue él quien nos introdujo, no nos mostró otro camino que

no fuera la diversión. Después salimos, durante el camino permanecimos callados. No podíamos explicarnos esa sagacidad. Ésta fue mi lección: su destreza. Después me quedé satisfecho y cada vez que sentía preocupación por algo que me hacía sentir débil, recordaba al Cheikh Kufa, recordaba su imagen el día del entierro, recordaba a su hijo y alejaba de mí la debilidad.

El Cheikh Kufa nunca había leído un libro, tampoco le importaba la lectura, ni el estudio, pero tenía alma de escritor y sentía simpatía hacia ambos. Por eso le interesaban los escritores y literatos. Nunca hablaba de literatura, filosofía o algo parecido; pero el hombre se sentía atraído por los escritores y se interesaba por ellos.

Probablemente era una tonada tradicional que cantaba con diferentes ritmos. Un día salí con el grupo de los que acostumbraban visitarlo. Se dirigieron a los jardines del Palacio de Ubba. Entre ellos había uno de vista débil, gordo y muy pretencioso. Cuando iban hacia el jardín esperaban que les hablara sobre el Canal de Suez. Se puso a echar una perorata. Poco a poco se fue quedando solo. Durante largo rato estuvo diciendo tonterías y no se dio cuenta de que se había quedado solo hasta que un transeúnte se rió. Enfureció, quiso regresar, pero el Cheikh Kufa no paró de hablar sobre lo mismo hasta que lo contentó. Volvió a su discurso, sus compañeros volvieron a dejarlo solo. A nuestro amigo le asaltó la duda, avanzó varios pasos como si el lugar estuviera desierto. Su cólera aumentó, al igual que el rencor hacia sus compañeros. No le interesaba el encantamiento del Cheikh. De regreso tomaron el trolebús. El Cheikh Kufa se sentó al lado de él en un asiento solo, el resto de los compañeros se sentó en otros asientos una vez que le pagaron al cobrador. Entonces el Cheikh volvió a levantar la voz entonando una canción improvisada:

“Oh mi puerco, oh oh mi puerco”, como si estuviera cantando la canción del pájaro.

Así continuó. Nuestro amigo prácticamente olvidó su enojo, si hubiera podido hubiera saltado del trolebús. Cuando llegaron a la última parada, descendieron. Nuestro amigo continuaba enojado. Golpeó al Cheikh, quien soportó estoicamente hasta que el hombre logró sacar todo lo que tenía en su inte-

rior y alivió su alma de la cólera retenida. Luego se volteó hacia él y dijo:

—¿Por qué me reprimes y me golpeas? ¿Acaso te crees mejor que yo? Te consideras más fuerte que yo. Te crees que tienes mejor vista que yo o que yo soy más ciego que tú.

Continuó mostrándole diferentes aspectos de la increíble comparación hasta que nuestro amigo lo hizo reír. Nuevamente apareció en su rostro la afabilidad. Hace unos días recordé al Cheikh Kufa. Pasé por donde estaba su tienda, no lo vi, no encontré de él ni el rastro. Regresé triste, sin saber si seguía vivo o si se lo habían llevado los “desdichados”. Pero me imagino que no le importa cómo ni dónde está. ❖